

«Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón»

Cuando preparaba este testimonio de cómo organizo mi tiempo, me venían a la cabeza imágenes e imágenes del trabajo... Y es que, buena parte de mi tiempo lo dedico a trabajar como administrativo en el Obispado de Barcelona. El trabajo estructura toda mi vida y las demás cosas parecen que se van situando en torno a ella: la familia, los amigos, la parroquia, el grupo de Estudio de Evangelio, la comunidad del Prado de la que formamos parte mi esposa y yo desde hace ya un año...

Pero de entre todas las cosas a las que he dedicado y dedico mi tiempo hay una que para mí ha tenido mucha importancia: es mi compromiso de cada semana visitando a los enfermos de un hospital psiquiátrico.

¿Como se me ocurrió hacer esta acción? Todo comenzó cuando comenté a un amigo cura una inquietud que tenía desde hacía tiempo. Quería acercarme de manera más directa y próxima a las personas más necesitadas. Semanas más tarde, me propuso participar en un campo de trabajo en un centro psiquiátrico durante ocho días.

Lo que más recuerdo de aquella experiencia fue la gran soledad que padecían muchos de aquellos pacientes. Sobre todo la gente mayor. Estos pacientes eran personas que habían sido ingresadas cuando eran jóvenes y llevaban 30 o 40 años viviendo en ese centro. Durante los primeros años habían tenido las visitas de la familia, los amigos, los vecinos... Pero se habían hecho mayores y las visitas se habían ido haciendo más espaciadas en el tiempo hasta que un día... desaparecieron...

Tanto me sentí tocado por aquella experiencia que, el último día, dije a un compañero: "Creo que volveré". Y así fue, años más tarde, y hasta ahora... y ya van dieciséis años...

Actualmente, cada sábado por la tarde vamos mi mujer y yo a uno de los pabellones del centro a visitar y a tratar de hacernos amigos de todas las personas que encontramos ingresadas. El Hospital es para mí como una Escuela para aprender cada día a estar atento a los demás.

La primera razón que me motiva a ir son los enfermos que viven allí. Lo explicaré con un ejemplo de hace unas semanas. Un sábado sólo entrar por la puerta de la planta me acerco a una señora mayor que va en silla de ruedas y me dice: "Soy viuda desde hace ocho años y no me viene nadie a ver. ¿Podrías sentarse a mi lado un rato?" Y esta pregunta me la han hecho muchas veces de diferentes maneras y ha sido siempre como una llamada continua durante todos estos años. En el Nuevo Testamento, en el libro del Apocalipsis se dice: "He puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar" (Ap 3,8). Creo que la primera motivación para ir al Hospital es la realidad. Dios, en algún momento quiso poner estas personas delante de mí y yo no me puedo desentender, no puedo cerrar la puerta.

Y esta acción la quiero hacer desde Cristo, teniéndolo a él como modelo fijándome en como él se acercaba a los enfermos y los amaba. De darles todo lo que encuentro en Cristo de aliento, de consuelo, de afecto entrañable y compasivo (cf. Flp 2,1). En este sentido me ha ayudado mucho tener grupos y comunidades que me acompañan. El

«Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón»

grupo de Estudio de Evangelio y la comunidad del Prado me dan fuerza y me animan a cultivar esta luz que hay en mí aunque sea muy pequeña. El P. Chevrier, el fundador del Prado dice: “Si vemos esta lucecita, si nos sentimos atraídos, por poco que sea por Jesucristo, cultivamos este atractivo, hagámoslo crecer por la oración, la reflexión, para que aumente y dé frutos” (VD 119).

El hecho de tener la fuerza de la fe y de los compañeros de comunidad me ha ayudado a ser fiel en mi acción. También ha sido importante que los profesionales del centro, enfermeras, auxiliares, creyeran en nuestro compromiso en el Hospital. Y en estos últimos años, el hecho de que mi mujer también considerara importante visitar estos enfermos ha sido muy importante. Juntos hace que nos animemos el uno al otro cuando todo parece rutinario y el compromiso cuesta. El hecho de ser un “pack” hace que utilizar una parte de nuestro tiempo personal en este compromiso sea fácil de llevar. Y nuestra experiencia es que a pesar de que a veces hay algún día que te cuesta más ir, siempre salimos del Hospital con el corazón lleno de alegría.

Sin embargo lo que ha hecho que más de una vez me planteara mi compromiso es la realidad del mal y de la enfermedad. Tratar con personas incurables, me suscita a menudo muchas preguntas: ¿Por qué les ha tocado padecer esta enfermedad? ¿Por qué no se pueden curar? ¿Por qué Dios parece esconderse ante el sufrimiento?

Ante todo esto quería compartir con vosotros este texto del teólogo Andrés Torres Queiruga: “El día en que ante el sufrimiento de la enfermedad o la dureza de la vida, nuestra sensibilidad espontánea no reaccione diciendo: Señor ¿por qué me mandas esto? ¿qué pecado cometí? ¿por qué no lo remedias? Sino más bien: Señor, sé que esto te duele tanto como a mí y más que a mí; sé que tu me acompañas y me apoyas aunque no te sienta... ese día el Dios de Jesús recuperará para nosotros su verdadero rostro”.

Y termino mi testimonio recordando el lema de esta Jornada General y de este curso: “Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón” (Mt 6,21). Creo que esta acción que hacemos en el Hospital me hace cuestionar: ¿A qué damos importancia en la vida? ¿Cuál es el tesoro de mi corazón? ¿Qué espacio ocupan en mi corazón y en nuestro mundo los más débiles?